

CHRISTIAN LINDER, *Der Bahnhof von Finnentrop. Eine Reise ins Carl Schmitt Land*, Matthes & Seitz, Berlin, 2008. 478 páginas.

En mayo de 1947, tras una segunda y breve estancia en prisión (la primera, que había durado más de un año, había concluido en octubre de 1946), Carl Schmitt abandonó Nuremberg para retornar, definitivamente, a su tierra natal, Sauerland. En la pequeña ciudad en la que había nacido, y de la que había partido cuarenta años antes, Plettenberg, viviría ya hasta su muerte en 1985. En su obra *Der Bahnhof von Finnentrop*, Christian Linder parte de la estación de ferrocarril de Finnentrop, por la cual debían pasar los viajeros que se acercaban a Plettenberg, para iniciar su viaje al país de Carl Schmitt. A lo largo del mismo, se recrea el itinerario personal, político e intelectual de Schmitt, desde el Imperio Guillermino en el que vio la luz, hasta la República Federal de Alemania en la que murió, pasando por los años decisivos de la República de Weimar y del régimen nacionalsocialista. La recreación que elabora Linder, que es autor también de una biografía sobre Heinrich Böll, es más literaria que académica. En ella se entrecruzan vivencias personales y reflexiones teóricas, sentimientos e intervenciones políticas, amenazas y conceptos jurídicos, confesiones personales y actos administrativos, siempre intercalados por una profusa selección de fotografías de

personas y lugares. En esta recreación, la tierra natal de Schmitt aparece, siguiendo la perspectiva de este último, como un lugar único y transhistórico¹ desde el que se contemplan tanto vivencias personales como circunstancias planetarias. Fue precisamente en esta tierra donde Schmitt concebiría, en 1942, *Tierra y Mar*, su breve ensayo interpretativo sobre la historia universal (pp. 9-10).

Como señalara John Rawls, todos los grandes pensadores escapan en algún modo a nuestra comprensión, por grande que sea el esfuerzo que hagamos para entender su obra². Louis Althusser señala que en el caso de Niccolò Machiavelli las dificultades interpretativas son tan extremas que resulta fácil considerar a este autor como un enigma. Un enigma que, siguiendo a Benedetto Croce, tal vez nunca pueda ser resuelto³. La vida y la obra de Schmitt plantean también preguntas de muy difícil resolución. En primer lugar, porque sus relaciones con el movimiento y el régimen nacionalsocialista se resisten a cualquier fácil caracterización. No hay duda de que Schmitt se opuso durante la República de Weimar al ascenso del nazismo, un ascenso que le sumió en un estado depresivo en el año 1933 (p. 304). Es también claro que Schmitt nunca compartió

¹ Curiosamente, un poco al modo en que aparecen las tierras renanas en las páginas iniciales de *La séptima cruz*, la novela en la que la escritora comunista Anna Seghers describe la huida de unos presos políticos de un campo de concentración nazi.

² John RAWLS, *Lectures on the History of Moral Philosophy*, Harvard University Press, Cambridge, 2000, p. xvii.

³ Louis ALTHUSSER, *La soledad de Maquiavelo*, Akal, Madrid, 2008, p. 335.

verdaderamente el corpus ideológico de este movimiento, como señaló acusatoriamente *Das Schwarze Korps*, la publicación de las SS, en diciembre de 1936 (pp. 150ss.). Su aversión al nacionalsocialismo está igualmente acreditada durante la Segunda Guerra Mundial. Por otra parte, tras el triunfo nacionalsocialista, la reorientación política de Schmitt no se hizo esperar. Su fruto más notable, pero en ningún modo único, fue su artículo de agosto de 1934 en el que legitimaba el asesinato de Röhm y de otros líderes de las SA, y en el que defendía la absoluta preeminencia legal y política de Hitler. Como percibiría inmediatamente Ernst Jünger, este texto implicaba el “harakiri político” de Schmitt (p. 316). Otros textos posteriores (como su ensayo sobre Thomas Hobbes, o el antes citado *Tierra y Mar*) se extendían en argumentos antisemitas que parecían estridentes incluso en el contexto de la permanente judeofobia schmittiana⁴. En algunos casos, incluso, los giros argumentales eran tan groseros (y tan distantes de las concepciones teóricas de Schmitt) que no es fácil descartar la posibilidad de que éste introdujese deliberadamente algún subtexto irónico (p. 143). Y sin embargo, de nuevo, a pesar de su indiscutible oportunismo, caben pocas dudas de su completo ostracismo en el régimen tras los ataques recibidos en diciembre de 1936 (pp. 187ss.).

Pero la ambivalencia de Schmitt es más profunda que su relación con el régimen nacionalsocialista. Aquella se inserta en las claves de su pensamiento político y

aun de su relación con el mundo. Si Schmitt fuese simplemente un pensador antiliberal y antimarxista, antisemita y autoritario, tendría ya muy poco interés para nosotros. Su obra, sin embargo, ensambla con extraordinaria agudeza elementos intelectuales diversos y en permanente tensión, y plantea retos intelectuales que no pueden ser descartados aludiendo a su autoritarismo o a su acercamiento al régimen nazi. Esto es así incluso si asumimos que Schmitt erró fundamentalmente sobre las grandes cuestiones teórico-políticas que abordó, de manera muy especial, como señaló en su momento Jürgen Habermas, en su reducción de lo político a la distinción entre amigo y enemigo⁵.

Schmitt puede insertarse en la tradición del pensamiento contrarrevolucionario, pero ello no fue ningún obstáculo para que, en 1930, Walter Benjamin reconociese por carta su deuda intelectual con las interpretaciones del poder y la soberanía propuestas por Schmitt (pp. 64-66). Interpretaciones que, según Giorgio Agamben, deben ser leídas en parte como respuesta a un ensayo anterior del propio Benjamin⁶. Su visión de la política basada en la distinción entre amigo y enemigo debe ser rechazada teóricamente, debido a su limitado valor analítico, y pragmáticamente, por razón de sus terroríficas implicaciones. Al mismo tiempo, esta concepción, fundamentada en la inescapable diversidad del mundo político (p. 61), nos habla tanto de nuestra distancia como de nuestra identidad con nuestros enemigos, un reconocimiento que

⁴ Sólo atenuada, por cierto, después del surgimiento del Estado de Israel (p. 419).

⁵ Jürgen HABERMAS, *Identidades nacionales y postnacionales*, Tecnos, Madrid, 2007.

⁶ Giorgio AGAMBEN, *Estado de Excepción*, Adriana Hidalgo editora, Buenos Aires, 2007, pp. 103ss.

resulta totalmente extraño a la ideología política nacionalsocialista. Es dudoso asimismo que su finura analítica para identificar las contradicciones, dobleces o inconsistencias de sus adversarios teóricos y políticos haya alcanzado cotas equiparables en ningún otro escritor. Son particularmente mordaces las disecciones analíticas de Schmitt sobre el comportamiento de las potencias liberales. Horrorizado ante la secularización del mundo y el materialismo de las masas, Schmitt puede buscar apoyo y consuelo en la teología política contrarrevolucionaria, y especular acerca del apocalipsis y la llegada del Anticristo (p. 44). Al mismo tiempo, los componentes existencialistas, a veces casi nihilistas (p. 134), de su obra, son evidentes, aunque se trate en su caso de un existencialismo idiosincrásico dominado por las categorías concretas y existenciales de amigo y enemigo (p. 122). Su afirmación del valor de lo concreto es permanente, y se percibe también en su interpretación de la acción política: “On s’engage, puis on voit”, decía Schmitt repitiendo el adagio militar napoleónico (p. 313). Por otra parte, la nada y la angustia desempeñan papeles principales en su obra y en su vida. La decisión política surge de la nada (p. 321). Y el destino es la nada de la angustia (p. 295), anota Schmitt, siguiendo a Søren Kierkegaard,

en sus diarios de los años 1912-1915, en cuyas páginas asistimos a su lucha por vencer el miedo a la locura y la tentación del suicidio (p. 97)⁷. El afán de conocimiento y la búsqueda de la verdad pueden llevar también a la tragedia y la muerte: en sus respuestas en Nuremberg, Schmitt se permite recordar a sus interrogadores que el cristianismo y la llegada de los europeos a América desembocaron también en el asesinato de millones de personas (p. 191), una observación que es susceptible de nuevo de una interpretación nihilista. Incluso la caracterización de su cristianismo plantea interrogantes de muy difícil resolución (pp. 344ss.). En cierto modo, las tensiones schmittianas son simbolizadas por el nombre que dio a su casa de Plettenberg: San Casciano. El mismo nombre del lugar al que se retiró Machiavelli tras la caída de la República de Florencia. Y el nombre también de un mártir cristiano asesinado durante el período de Diocleciano.

Más allá de las tragedias de la obra y el tiempo schmittianos, la trayectoria vital que nos presenta Linder nos hace pensar en la figura del oblató de humildes orígenes que, gracias a sus aptitudes y a su esfuerzo, asciende socialmente a través del sistema educativo. Y que confronta permanentemente el riesgo de ser arrojado de nuevo a la *nada* de la que surgió⁸. Sin ser

⁷ Estos diarios han sido publicados por Akademie-Verlag en 2005.

⁸ Sobre el concepto de oblató, ver Pierre BOURDIEU, “De la casa del rey a la razón de Estado. Un modelo de la génesis del campo burocrático”, en Loïc WACQUANT (ed.), *El misterio del ministerio. Pierre Bourdieu y la política democrática*, Gedisa, Barcelona, 2005. Resultaría interesante comparar la trayectoria de Schmitt con la de Martin Heidegger (otro oblató de orígenes humildes, católicos y provincianos) a partir de las claves analíticas elaboradas por Pierre Bourdieu en *La ontología política de Martin Heidegger*, más allá de la existencia de importantes diferencias entre la vida y el pensamiento de ambos, y de la aversión, personal e intelectual que Schmitt sentía hacia Heidegger. Pierre BOURDIEU, *La ontología política de Martin Heidegger*, Paidós, Barcelona, 1991, pp. 379, 410.

propiamente ni una biografía ni un ensayo teórico, *Der Bahnhof von Finnentrop* proporciona una cuidadosa recreación de las relaciones entre la obra y el pensamiento schmittianos. A diferencia de otros ensayos, esta obra tiene el valor de situar a Schmitt en su contexto a partir de un conocimiento profundo del mundo cultural alemán. Linder ofrece, por ejemplo, claves y testimonios interesantísimos sobre las complejas relaciones entre Schmitt y Jünger, en las que se combinan la amistad entre ambos y el resentimiento de Schmitt hacia el autor de *Tempestades de acero* (pp. 376-379). Inevitablemente, hay aspectos de la vida de Schmitt sobre los

cuales el lector querría aprender más. Éste es especialmente el caso de sus relaciones con España, sobre las cuales el texto de Linder ofrece un tratamiento muy conciso. Pero, más allá de esta comprensible ausencia, Christian Linder presenta en este libro una reconstrucción de las relaciones entre la vida y el pensamiento de Schmitt que es literariamente bella e intelectualmente aguda. Es de esperar que no pase mucho tiempo hasta que una versión de esta obra al castellano esté a disposición de todos aquellos que se interesan por la obra de Schmitt.

IVÁN LLAMAZARES